

busca de un descanso de que acaso no gozó en su paso por la tierra.

Al verlo tan solo, me dije: ¿Quién es este hijo de los hombres que Dios ha borrado de entre los que viven? ¿Tendrá seres queridos que lloren su partida de este mundo, ó será uno de tantos desheredados de fortuna y de familia? ¿Vendrán mañana á llorar sobre su tumba y á reconocerle entre la muchedumbre, de los que, como él, han pasado, ó su nombre y sus cenizas se perderán en la negra región del olvido?

Acaso suceda esto último, pero seguro estoy que Dios le reconocerá y no le olvidará. ¿Qué importa, pues, el olvido de los hombres, á los que Dios tiene escritos en el Libro de la vida?

Al ver morir el sol de la tarde, marchar el tren y pasar el féretro, me dije: Mañana el sol alumbrará de nuevo; volverá al día siguiente á cruzar la locomotora, mas el muerto no volverá á la vida; mas también llegará otro día en que el sol no alumbrará más, el tren dejará de pasar, y entonces el muerto volverá á la vida para no conocer jamás el ocaso de la muerte.

¿Qué ha dejado ese desconocido en pos de sí, de su paso sobre la tierra, antes de ir á la mansión del olvido?

Volví la cabeza y hallé la respuesta, mirando como las brisas de la tarde habían borrado mis huellas estampadas sobre el ligero y movedizo polvo del camino.

Nada quedaba de mis anteriores pasos, nada del último resplandor del sol, nada de la rápida marcha de la locomotora, y nada tampoco del paso del muerto.

¡Qué enseñanza! Así se borra en este mundo la memoria del hombre humilde, como las huellas de nuestros pasos sobre el polvo; la del orgulloso, como los rayos del sol en su ocaso; y la del soberbio, como el paso sobre la vía de la poderosa locomotora, que sólo brevemente la hace estremecer.

¿Qué queda, pues, de nuestra existencia sobre la tierra? Nada, nada, nada.

Sólo Dios permanece inmutable eternamente.

J. VÁZQUEZ DE PARGA.

